

CINE Benicio del Toro presenta una cinta sobre los indios americanos en el festival de Cannes

El actor protagoniza la película «Jimmy P.» de Arnaud Desplechin ▶68

**MUSEO Fabra aplaude el proyecto del San Pío V a pesar de los recortes**

Las obras comenzarán por el almacén de la pinacoteca ▶68

Cultura & Sociedad

ESPECTÁCULOS | CIENCIA | ARTE | SOLIDARIDAD | TENDENCIAS | GENTE | TELEVISIÓN

El padre de «Gatsby» se confiesa

▶ Las cartas a su hija de Scott Fitzgerald contienen fogonazos de la difícil vida personal del escritor, de su generación «radical y destructora» y de su relación con Hollywood ▶ El epistolario ve la luz por primera vez en español cincuenta años después

Alfons Garcia
VALENCIA

■ Francis Scott Fitzgerald (1896 - 1940) es uno de los grandes de la literatura del siglo XX, seguramente quien mejor ha plasmado en prosa las contradicciones del mundo moderno, la frágil línea entre el brillo exterior de la sociedad capitalista y la miseria moral de sus habitantes. Ahí queda como prueba de cargo *El gran Gatsby*, de nuevo de actualidad debido al *lifting* cinematográfico para adolescentes que le ha practicado el director australiano Baz Luhrmann (*Moulin Rouge*). Pero el escritor de éxito no fue el mejor padre ni el mejor marido. Ahí queda como reflejo de ello el volumen de cartas a su hija, recientemente publicado por primera vez en español (Alpha Decay).

La correspondencia se extiende de 1933 a 1940, los años del declive del autor, marcados por las dificultades económicas, las deudas, las consecuencias del abuso del alcohol y la enfermedad de la mujer (Zelda estaba recluida por entonces en un psiquiátrico).

Las cartas tienen una voluntad pedagógica —la destinataria, su única hija Scottie (Frances Scott Fitzgerald), era una adolescente—, pero en ellas se cuelan también las confesiones del escritor y de su generación «de radicales y destructores».

La última carta está escrita en diciembre de 1940, solo unos días antes de la muerte del novelista, que había sufrido poco antes un ataque de corazón y se encontraba en cama, «el resultado de veinticinco años de cigarrillos». «Tienes dos hermosos malos ejemplos por padres. Limitate a hacer todo lo que no hicimos y estarás perfectamente a salvo». Es el último consejo que el enfermo Scott Fitzgerald escribe desde Hollywood, agraz destino final para el autor de *Suave es la noche*, que veía sus últimos guiones rechazados, corregidos o tumbados por la censura por inmorales.

Si el final es toda una declaración personal de derrota, el inicio del epistolario es quizá la descripción más justa del carácter de Scott Fitzgerald y, por trans-



La pequeña Scottie, el escritor y Zelda, en París en 1925. LEVANTE-EMV

misión estilográfica, de los personajes centrales de su obra. «Nunca he creído demasiado en la felicidad. Tampoco he creído nunca en la tristeza. Son cosas que ves sobre un escenario o en la pantalla o en las páginas impresas: nunca te ocurren realmente en la vida», le escribe a la casi niña Scottie, candidata a «alocada chica de la buena sociedad», a quien estas «perlas indiscutibles de sabiduría y estilo literario» le sonaban entonces a sermón paterno, pero que tuvo el buen gusto de coger los cheques que acompañaban a las cartas y guardar estas al menos en un cajón de su escritorio.

Gracias a ese gesto, el epistolario pudo ver la luz por primera vez en Estados Unidos en 1965. Ahora, la primera traducción al español —la realiza Albert Fuentes—

incorpora nombres propios que entonces se omitieron por decoro y que ya la versión italiana de 2003 recuperó.

Además de fogonazos de la vida del hermoso y maldito Scott Fitzgerald, las cartas destilan breves lecciones literarias a la aspirante a escritora que era Frances Scottie. «La buena prosa se basa en que los verbos carguen el peso de las frases», le indica en un momento. En otro, «papi» le da un guantazo de realidad: «Nadie se ha hecho escritor por el deseo de serlo. Si tienes algo que contar, algo que sientas que nadie ha contado antes, tienes que poder sentirlo con tal desesperación que al final encontrarás una manera de contar lo que nadie haya utilizado antes».

Sin pudor, Scott Fitzgerald habla a su hija de sus amores de ju-

EL LIBRO

CARTAS A MI HIJA

AUTOR
▶ F. Scott Fitzgerald.
Prólogo de Scottie Fitzgerald

ALPHA DECAY. 209 PÁGINAS

ALGUNAS «PERLAS»**HOLLYWOOD**

« El negocio [del cine] consiste en contar historias indicadas para niños»

FRACASO

« Nunca he recriminado a nadie sus fracasos —en la vida abundan las situaciones complicadas—, pero soy despiadado con la falta de esfuerzo»

ESTILO

« La buena prosa se basa en que los verbos carguen el peso de las frases. Los verbos hacen que las frases se muevan»

SENTIDO DE LA VIDA

« A cantidad de gente la vida le parece cantidad de divertida. A mí no me lo ha parecido [...] Creo que hay que aceptar la tristeza, la tragedia del mundo en que vivimos, con una cierta alegría»

DISTANCIA

« Mi generación de radicales y destructores nunca supo con qué sustituir las vetustas virtudes del trabajo y el coraje y las vetustas gracias de la cortesía y la buena educación»

ventud y de su difícil vida con su madre, Zelda, símbolo histórico de los dorados años previos al crack de 1929.

Le habla del brillante estudiante de Princeton que vivía con el «gran sueño» de escribir y ser leído, y cómo este se le partió cuando decidió casarse con Zelda, «aunque supiera que era una mal-

PUBLICACIÓN**La correspondencia con Zelda llega también**

▶ «Querido Scott, querida Zelda» es el nombre con el que se reúnen las cartas de amor del matrimonio Fitzgerald, una relación romántica, apasionada pero también tormentosa, y cuya correspondencia permite conocer el lado más íntimo del autor. El romance, el compromiso, la estancia en París, las publicaciones de «El gran Gatsby» y «Suave es la noche» y el internamiento de Zelda en un psiquiátrico recorren este volumen epistolario que publica Lumen. «Me gustaría verte, casi he olvidado lo que es estar vivo con una inteligencia que funciona». Así empieza una de las cartas que Zelda le envió a su marido, tras ser internada en el psiquiátrico de Highland debido a sus ataques nerviosos, donde murió a en 1948. La historia del matrimonio es un reflejo de su época: los felices años 20, llenos de festejos, y el descenso a la locura tras el crack de 1929.

CARMEN SIGÜENZA/EFE MADRID

criada y que no me haría ningún bien. Enseguida me arrepentí», dice. La frase supone reconocer que el viejo Ernest Hemingway, en eso al menos, tenía razón. Pero no lo dice, claro. Hemingway es una sombra que solo roza las páginas del libro.

Casi a modo de acto de contrición, Scott Fitzgerald, el escritor al que el alcohol y los excesos habían abatido —«la vida me ha bajado los humos», confiesa—, proclama que «en el trabajo reside la dignidad, la única dignidad», y lanza una diatriba moralizante contra la pereza.

El hombre de izquierdas, que previene a su pequeña ante el nazismo y la caza de comunistas, también se pasea por estas cartas. El escritor está casi sin blanca, lucha por no parecer un borracho en Hollywood y mira a Europa con la nostalgia de los años de esplendor, pero no pierde su sutil ironía ni en la última línea de la última carta. Es el Scott Fitzgerald real, el oculto bajo el espectáculo brillante y ruidoso de la última versión cinematográfica de su *Gatsby*.